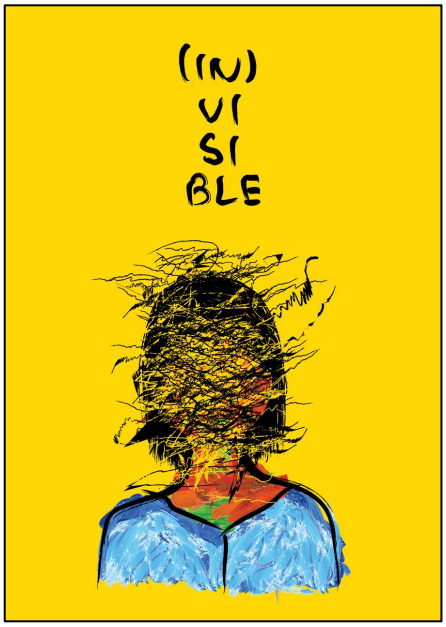
(In)Visible



ENRIQUE OLMOS DE ITA

2015

¿LAS NIÑAS TENEMOS DUEÑO?

Advertencia al lector/director:

Amplio criterio. Un juego con/desde los objetos. Se propone accionar a partir de elementos cotidianos.

Instrucciones:

Desde la perspectiva de una niña, la historia necesita por lo menos dos voces. Se propone un ida y vuelta entre los modos de narración y conversación, aunque la dramaturgia está pensada para un dispositivo flexible.

La puesta en escena requiere adecuar algunas de las voluntades y caprichos del autor al lenguaje verbal, musical y alegórico que precise cada contexto y cada cuadro actoral.

Edad recomendada:

De ocho años en adelante.

Personajes:

Mar. Niña. 10 años. Usa gafas
Góngora. Masculino. Tortuga.
Incidentales (padres de Mar, abuela y hermana).
Él.

(In)visible

I

Estridencia. Tarde-noche de lluvia. Tormenta.

Mar está frente a un caballete pesado. Durante toda la escena, jugará con los sonidos de la tempestad que la perturban.

—No conozco el mar.

Nunca he estado en la playa. No he tocado la arena con la punta de mis dedos, ni he perseguido a las olas.

Pero las he visto flotando debajo del azul cielo.

En fotografías. En la tele también, muchas veces. En una tarjeta postal que tiene mi abuela. En una imagen que está adentro de un libro.

¿Por qué sin conocer el mar, es decir, ni haber estado ahí nunca lo puedo pintar?

¿Cómo es posible? A veces siento que lo huelo también, mientras estoy pintando…

Cuando llueve así de fuerte, cuando en la tarde las nubes corren al sol y aparecen unas gotas pesadas y el sol ya ni se asoma…

Rayos. Truenos. Relámpagos.

Cuando llueve sin parar me cuesta más trabajo pintar, por los sonidos de afuera. Mejor cierro las cortinas de la ventana. Enciendo la luz. Y dejo que la tormenta haga un alboroto afuera. A mí no me gustan las tormentas, porque me roban la luz del sol.

Y no puedo pintar. Bueno, sí puedo, pero no es lo mismo.

Me regalaron, en mi anterior cumpleaños "un kit para pintar"…

¿Y esto? Pregunté… ¿Te gusta pintar, no? Pues mira, aquí tienes pinturas, un caballete, pinceles, cartulinas, lienzos…

Y los sábados voy a clases de pintura. Con un maestro viejito que nos enseña cómo combinar los colores.

La perspectiva, también. Y fijar las líneas de una cara. Para hacer un retrato, por ejemplo.

Pedí dibujar a mi abuela, pero no quiso estar tres horas posando para hacerle un retrato. "Tengo que ir a hacer la comida, niña"… Ve a pintar al gato. Después fui a buscar a mi gato, Lucio.

Pero se fue corriendo. No se puede quedar quieto…

"Lucio, tienes que ser mi modelo". Te voy a pintar. Y corrió como si hubiera visto a un lobo… Así que me propuse pintar el mar. Con una playa de arena dorada…

Y una tortuga que descansa mirando las olas.

Las ola de la mar.

Porque así me llamo. Mar. Y merezco tener un cuadro.

La tormenta obliga a un apagón. Oscuridad.

— Ayyy…

Se fue la luz…

Es lo que no me gusta de las tormentas.

Me da miedo la oscuridad… Como a todos, ¿no? ¿Lucio? ¿Estás ahí? ¿Abuela?

Ayy… Qué miedo.

Pero… No debo tener miedo, nada, ni un poco, no debo tener miedo, no debo tener miedo. Que ya regresé la luz, que ya regresé la luz, que ya regresé la luz…

Se escuchan pasos.

— ¿Mar?

— ¿Sí? ¿Abuela?

— Claro… ¿Quién más puede ser? Abre la puerta…

— No sé… Creo que tengo miedo y cuando lo tengo desconfío de todos..

— No digas bobadas… ¿Por qué dices que tienes miedo?

— Porque me tiemblan las piernas cuando no veo luz.

— No seas miedosa. Y toma esta vela encendida. Pero no es para que trates de pintar con ella, eh…

— ¿Entonces para qué es?

—Solamente para que no te quedes a oscuras. Y no seas miedosa, a los diez años ya no se puede tener miedo a la oscuridad.

—¿Ya no? ¿Por qué no?

—Porque ya eres mayor, muy pronto serás una jovencita… El miedo a la oscuridad es para los bebés.

—Ay, pues yo prefiero volver a ser bebé.

Con la vela ilumina el cuadro, lo contempla, trata de seguir pintando, no se acomoda, los pinceles, la poca luz, casi hace malabarismos.

II

La luz regresa con estrépito. Mar apaga la vela.

— ¿Mar?

— Sí abuela… ¿Ahora qué pasa?

— Ya regresó la luz.

— Sí, ya me di cuenta porque se encendió el foco…

— ¿Apagaste la vela, mi niña?

— Claro que sí…

— ¿Segura?

— Que sí abuela… ¿Por qué eres tan entrometida? Sólo déjame pintar.

— Está bien, está bien… Te dejo pintar. Sólo una hora más porque después hay que merendar.

— Que sí… Ya sé.

Mar sigue intentando pintar. Aparece Gon.

— ¿Por qué le hablas así a tu abuela?

— ¿Qué?

— Deberías ser más amable con ella…

— ¿Quién está ahí? ¿Quién eres?

— Tu abuela viene a cuidarte y tú le respondes así… Muy mal.

— ¡Estoy armada y sé cómo defenderme!

— Ajá.

— ¿Quién eres y dónde estás? ¡Voy a comenzar a gritar!

— No hace falta. Soy yo…

— ¿Quién?

— Góngora…

— No entiendo nada…

— Aquí… Aquí estoy.

— Qué animal más raro…

— …

— ¿Sí eres un animal, verdad?

— ¿No te das cuenta? Soy la tortuga que acabas de pintar…

— No.

— Sí.

— ¿Dibujo tan feo?

— Necesitas ir a más clases de pintura que yo pueda ser medianamente simétrico.

— ¿Por qué estoy hablando con una tortuga? ¿Esto es un sueño?

— Tal vez… A ver, pellízcate.

— Duele.

— Mmm… Muérdete la lengua…

— También duele.

— Entonces no, no es un sueño.

— He tenido un perro, dos gatos (ahora sólo me queda Lucio), un hámster que se llamó Beto y dos peces dorados que vivieron un mes. Pero nunca antes una tortuga.

— Tampoco soy tu mascota, ehhh… Solamente me dibujaste.

— ¿Cómo dices que te llamas?

— Don Francisco de Góngora Quevedo y Argote.

— Que nombre más largo.

— Sí, en eso te doy la razón. Me puedes decir Góngora.

— Sigue siendo un nombre muy extraño.

— ¿Gon?

— Eso mejor…

— Creo que ya se fue la tormenta, ¿verdad?

— Sí, creo que sí.

— Sólo llueve, un poco.

— Ajá.

— ¿Y vas a seguir pintando?

— Yo creo que sí… ¿Por qué?

— Pues porque me gustaría que me terminaras de pintar el caparazón, además quedó un poco chueco.

— ¿Así mejor?

— Así mejor…

— ¿Si esto no es un sueño qué es?

— La vida.

— No, en la vida real no puedo hablar con una tortuga que acabo de pintar…

— No soy una tortuga convencional… Soy Góngora.

— Gon.

—Gon, si quieres. Aquí tienes mi tarjeta de presentación.

— A ver...

Saca una tarjeta de presentación de su caparazón.

— No hagas caso del número de teléfono, lo acabo de cambiar y no he podido ir a imprimir tarjetas nuevas.

— "Francisco de Góngora Quevedo y Argote. Descubridor".

— Ese soy yo…

— ¿Descubridor de qué?

— De descubriciones…

— ¿Descubriciones? Esa palabra ni existe…

— ¿Te das cuenta? Acabas de hacer un descubrimiento… Aprendes rápido, niña. Serás una buena alumna de descubrimientos descubrimientosos.

— ¡Yo no quiero ser tu alumna! ¡Quiero que me dejes pintar en paz!

— Justamente, justamente… Porque a ti lo que te hace falta es paz, para eso estoy aquí.

— A mí no me hace falta nada…

Se escuchan los pasos de la abuela.

—¿Mar? ¿Mar?

— Sí, abuela.

— ¿Con quién hablas?

—Ah… con nadie abuela… Es sólo un juego.

— Muy bien, voy preparando las cosas de la merienda.

— ¿Qué te parece si te digo que estoy hablando con una tortuga que hace descubrimientos descubrimientozos y tiene el caparazón chueco?

— Sí, mi niña… Qué bueno que hables con las tortuguitas… Yo te llamo para que vengas a la cocina…

— Grrr… ¡Mi abuela no se entera de nada!

— ¿Por qué lo dices?

— ¿Por qué? ¿No acabas de escuchar? ¿Te parece poco, tortuguita? Le acabo de decir que estoy hablando con una tortuga y piensa que es un juego…

— ¿Y por eso la tratas tan mal?

— No la trato mal.

— No, mal no. Lo siguiente.

— Pues porque vive como en otro planeta… No nos entendemos. Yo quiero que regresen mis papás; no me gusta que me cuide la abuela.

— ¿Por qué?

— No sé… Sólo quiero a mis papás de regreso.

— ¿Y dónde están?

— Tampoco sé… Eres muy preguntón, ¿no?

— Así somos los descubridores profesionales.

— Mira, sólo me dejaron esta nota… Hace una semana.

— "Mar, hermosa niña: Tu papá y yo vamos a buscar a tu hermana. Te quedas con la abuela. Pinta todo lo que quieras, te dejamos pinceles nuevos y acuarelas. Obedece, no dejes de hacer la tarea. Te queremos".

— Ya entiendo.

— ¿Qué entiendes?

— Porque estás tan irritable.

— No entiendes nada… Sólo eres una tortuga mal pintada con un caparazón chueco.

— Y un profesional del psicoanálisis.

— ¿En serio?

— No, pero es fácil saber qué te ocurre.

— ¿Qué?

— Extrañas a tus papás, a tu hermana… Tu vida está de cabeza.

— Un poco sí.

— Pero tu abuela no tiene culpa… Al contrario, ella te cuida. ¿Lo sabes, verdad?

— Sí, ya lo sé…

— Oye… Aquí me aburro… ¿Quieres ir a un lugar?

— A dónde…

— A la playa.

— ¿A la playa?

— Sí, a la playa…

— No te creo… A ver, vamos…

Cambio de plano.

III

Ruido de gaviotas y olas. Quizá un buque a lo lejos, palmeras.

— ¿Esto es el mar?

— Mar, esto es el mar. Te lo presento.

— Wow…

— Es hermoso, ¿verdad?

— Sí, creo que sí…

— La playa…

— ¿Esta es una playa?

— Así cómo la ves y escuchas…

— Mmm… Claro que no, mentiroso.

— ¿Cómo que no?

— ¿Y por qué parece el acuario de una tortuga con un poco de arena?

— Mira las olas…

— Son falsas.

— Y las gaviotas.

— También.

— Las palmeras…

— Están pintadas.

— Tienes razón. Éste es mi recipiente; aquí vivo. No tuvimos presupuesto para trasladarnos a la playa…

— ¿Y por eso me trajiste a tu mugroso acuario?

— Ey, cuidado con lo que dices. De mugroso nada.

— ¿Para qué estamos aquí? No entiendo…

— Quería que conocieras algo cercano al mar.

— Al principio si lo creí, pero después descubrí tu mentira… No me gusta que me digan mentiras.

— A nadie le gusta.

— ¡A mí menos que a nadie!

— ¿Por qué lo dices?

— Porque todos me quieren engañar… Incluso tú, la tortuga del caparazón chueco.

— Góngora.

— Gon.

— ¿Estás enojada por qué no sabes dónde está tu hermana, verdad?

— Ni mis papás, ni por qué la tuvieron que ir a buscar… ¡Creí que se tardarían solamente un día!

— ¿Cuánto llevan buscando a tu hermana?

— Una semana, creo. Tal vez más, tal vez menos.

— ¿Y recuerdas a qué me dedico profesionalmente?

— ¿A mentir?

— No; a hacer descubriciones…

— Descubrimientos. Se dice descubrimientos…

— Descubrimientos descubrimientosos por descubrizar.

— ¿Y?

— Pues que tal vez juntos podríamos encontrar a tu hermana…

— ¿De verdad?

— Claro.

— No me lo creo. Seguro ni siquiera sabes quién es mi hermana…

— ¿Es Inés? ¿Es ella?

Aparece el dibujo de una joven, un dibujo pintado por la propia Mar.

— ¿Cómo es que tienes ese dibujo?

— ¿Ella es tu hermana?

— Sí, claro que es ella. Es Inés. Yo la pinté ayer.

— La dibujaste muy bien… Felicidades.

— ¿Por qué sabes de ese dibujo? ¿Por qué conoces a Inés?

— Mar, todo lo que pintas, cada pincelada, cada dibujo, contorno o figura se queda, permanece en el tiempo de la imaginación… Y aquí es dónde vivimos. Éste acuario lo dibujaste hace mucho… ¿No te acuerdas?

— Creo que sí… pero lo olvidé porque es feo, feo, feo. Y mugroso.

— Para nada, es hermoso y confortable.

— ¿Cómo puede suceder todo esto?

— Cuando tú te vas a dormir o te encaminas a la escuela todo lo que has dibujado, todos los personajes, siluetas y paisajes vivimos… Y no sólo eso, interactuamos, nos movemos de un lado a otro, hablamos entre nosotros.

— Suena raro.

— Inventar… Crear un mundo es raro, pero divertido. Eso hacen los artistas. ¿No sabías? Nosotros, por ejemplo, vivimos en "el mundo de los dibujos de Mar". A ver, veo que estás confundida, un ejemplo: ¿Te acuerdas del sapo que dibujaste la semana pasada?

— Sí, un sapo azul muy gordo. Quise dibujar un sapo azul.

— Pues se acaba de enamorar de la ardilla anaranjada que dibujaste subida a un árbol de calabazas.

— Vaya… Qué pareja más rara.

— ¿Y te acuerdas del dibujo de un edificio enorme que no terminaba y se perdía en las nubes?

— Sí, claro, es uno de mis favoritos.

— Pues la familia de mapaches que dibujaste hace como un mes, se mudó a vivir ahí. Y se apoderaron del edificio, ahora hasta quieren rentar algunos departamentos…

— Sí, esos mapaches se veían astutos.

— Exacto.

— Así que Inés vive en mis dibujos… ¿Y por qué no vamos por ella?

— No es tan fácil. Ella es una persona real. Tiene vida propia… Nosotros sólo somos dibujos.

— Chuecos.

— Sí, algunos poco simétricos.

— ¿Entonces qué podemos hacer? Ay… Mi abuela ya me está llamando para merendar…

Se escucha otra vez la voz de la abuela llamando a Mar.

— Pues para poder descubrir descubrimientos decubrimientosos primero hay que hacer investigareciones investigozas investigoidas.

— ¿Y eso cómo se hace?

— Viajando… Y para eso tengo un plan: Primero, vas a merendar con tu abuela. La tratas bien, no le hables a gritos. Nada de gritos. Sé buena con ella, tanto como ella lo es contigo.

— De acuerdo, de acuerdo… ¿Y después?

— Vienes a toda a prisa a pintar un coche… No, mejor un tren bala, y también un barco y un avión muy grande porque yo lo voy a pilotar.

— ¿Y eso para qué?

— Pues para poder viajar y buscar a Inés.

— Suena interesante…

— Además de interesante, será divertido.

— Eso ya lo veremos.

— Y si puedes dibujar una hermosa tortuga hembra para que sea más divertido el viaje, te lo voy a agradecer…

— Eso te lo tienes que ganar… Bueno Gon, ya me voy con la abuela.

— De acuerdo… No demores mucho, ¿eh?

— No… Yo creo que vamos a encontrar a Inés primero. ¿verdad?

— Seguro que sí. Seguro.

— Genial.

IV

Se ve a Góngora y Mar dentro de un avión, ataviados con el uniforme de la tripulación área. Van mirando todo lo posible desde el cielo.

— Mar, ¿le dibujaste piloto automático al avión?

— No… ¿Por qué?

— Porque tengo un poco de sueño y quiero dejar de pilotar. Estoy muy cansado…

— No seas perezoso… Y no dejes el volante. Puede ser peligroso.

— Las nubes no me dejan ver. ¿Por qué las pintaste tan cargadas de lluvia?

— Así me gustan las nubes.

— ¿Y estás segura que los aviones usan volante?

— No sé, pero a éste avión yo así lo dibujé…

— Con un volante como de tractor y un motorcito de motocicleta, este avión vuela súper lento.

— Oye, no soy experta en medios de transporte.

— Por eso vamos tan lento. Debiste dibujar unas mega súper archi coloridas turbinas.

— ¿Vas a seguir quejándote de mis dibujos, tortuga chueca?

— Quizá…

— ¿Todavía quieres que te dibuje a una hermosa, joven y simétrica hembra?

— Sí. Si quiero.

— Entonces a callar, Gon.

— ¡Mira!

— ¿Qué cosa?

— Creo que ya estamos llegando…

— ¿A dónde?

— Al dibujo de la ciudad.

— Es verdad, lo recuerdo. Mira qué bien me quedaron las calles.

— Sin baches.

— Y los semáforos, son tan reales.

— Y los coches también… Parece que hasta tienen motor de automóvil moderno.

— No; están detenidos.

— ¿Con las luces encendidas?

— Sí, y es de noche.

— Qué ciudad más grande.

— Me gusta dibujar ciudades…

— Vamos a aterrizar… ¿Lista?

— Lista.

— Preparando el aterrizaje. Desde este momento no se permite la entrada al baño ni tampoco que desabrochen el cinturón de seguridad.

— Uno, dos y tres…

— Queridos amigos y pasajeros, les informamos que el vuelo de Aerolíneas de Tortuga Góngora ha llegado a su destino. Agradecemos su preferencia y les invitamos a adquirir sus boletos de viaje a través de nuestra web…

— La próxima vez le voy a dibujar a la ciudad un aeropuerto para no aterrizar en la avenida principal.

— De acuerdo… Tengo hambre…

— Qué raro.

— ¿Dibujaste algún lugar para ir a comer? ¿O una frutería? ¿O un mercado?

— Cenar, aquí es de noche, ¿no te das cuenta?

— Bueno. Algún lugar para ir a cenar.

— No; me olvidé de dibujar algo para ir a cenar. Pero además recuerda para qué estamos aquí… No hemos venido a comer.

— No, pero a veces me entran ganas de darle una buena mordida a un trozo de manzana verde o meterme a la boca la mayor cantidad posible de lechuga… Ay, lechuga.

— Nota para mí: La próxima vez que dibuje una tortuga debe ser menos glotona.

— ¡Mira!

— ¿Qué cosa?

— Sí, es aquí… Mis contactos dicen que en esta calle se vio por última vez a Inés.

— ¿A mí hermana?

— Obvio. De momento no estamos buscando a otra Inés.

— ¿Cómo lo sabes?

— Mira la foto que me enviaron otras tortugas del club de descubrimientores…

— Sí, es ella. Se ve rara, pero sí, es ella…

— Claro que es ella. Estuvo aquí.

— ¿En esta zona de la ciudad?

— Sí, mira la imagen… Además, dicen que la vieron de pie en esta esquina. Muy cerca del semáforo. Tenía ropa muy corta y estaba un poco asustada.

— ¿Por qué asustada?

— No lo sé… Por eso lo tenemos que descubrimientar…

— No entiendo… En este lugar hace frío, ¿por qué llevaría Inés ropa de calor? ¿Y qué hace aquí, sola?

— No sé, no tengo idea. Pero vamos a preguntar. Sígueme.

— ¿Qué tengo que hacer?

— Nada, bueno sí. Tomar notas. Y recordar todo lo que te digan. Y todo lo que veas. Estar atenta. ¿Entendido?

— De acuerdo…

V

La tortuga aparece remando en una barca que parece estar extraviada en algún mundo de dibujos.

— Hemos buscado. Buscado y rebuscado. De éste dibujo a éste otro. De la playa a la selva. Del bosque al desierto y de ahí a los caminos del cerro hasta perdernos entre matorrales.

Mar y yo nos subimos a un burro, a dos caballos y un camello, todos pintados por ella. Cruzamos un río, escalamos una montaña, caminamos por las calles de la ciudad. Hablamos con los bisontes y con las hormigas, discutimos con los gatos monteses y tratamos, sin éxito, de conversar con las lagartijas que estaban tiradas al sol, pero cada vez que nos veían se escondían en las piedras.

Las tortugas del club de descubridores nos enviaban mensajes, fotos, algunas pistas. No mucho, la verdad. Todo además es confuso. Sólo sabemos que Inés, la hermana de Mar, había estado en la ciudad. Al parecer con alguien, creo que era su novio o amigo.

¿Inés tenía un novio? Qué raro. Nadie lo conocía muy bien. No sabemos ni su nombre.

¿Cómo puede desparecer una chica de 13 años?

Y después nada, sólo sospechas.

Éste ha sido el caso más complicadoso de todos los que he tenido que trabajar. No sé ni cómo se me ocurrió que podía resolvizarlo, con lo feliz que estaba en mi acuario.

Sin embargo, todavía hay esperanza. ¿Dónde estará Inés? ¿Por qué se fue de su casa? ¿Por qué una chica de 13 años desaparece un día sin decir más? Hay algo que no me cuadra.

Aparece Mar lentamente. Se ve cabizbaja.

— Góngora…

— Ey, Mar… ¿Estás lista para navegar la laguna?

— Creo que sí. O no.

— Este dibujo es nuevo, ¿verdad?

— Sí, lo hice anoche.

— Me gusta.

— Venga, vamos a remar…

— No sé…

— ¿Qué pasa?

— Hoy por fin llegaron mis papás.

— ¡Qué bueno! Eso está bien, ¿no?

— No, no está bien.

— ¿Por qué?

— ¡Porque llegaron sin Inés! Tantos días buscándola y no la pudieron encontrar. No saben dónde está. No saben nada. Y ya están cansados… Yo también.

— ¿Y no te alegraste mucho de ver a tus papás?

— Sí, obvio sí, pero después me puse triste.

— Mira el lado bueno, ya no te va a cuidar tu abuela.

— Ya me estaba acostumbrando a ella… Hasta me gustaba que cocináramos juntas y que me contara unas historias rarísimas antes de dormir.

— Tu abuela también está triste, ¿verdad?

— ¡Pues claro! Todo queremos saber dónde está Inés.

— La gente no debería desparecer así como así.

— Pues eso está pasando aquí, ya ves.

— ¿Quieres atravesar la laguna y buscamos a alguna rana que nos pueda dar información sobre tu hermana? ¿Tocamos en el cascarón de los caracoles? ¿Nos acercamos a los mosquitos con la goma de borrar? Eso les da mucho miedo…

— ¿Sabes por qué pinté esta laguna, Gon?

— No, ¿por qué?

— Es la laguna del olvido.

— ¿Cómo? ¿Del olvido?

— En esta laguna vamos a olvidar todo. Si Inés no quiere regresar mejor ya no me quiero acordar de ella. Además, esta laguna está llena de lágrimas. Y ya no quiero llorar más.

— No, no puedes olvidar a tu hermana. ¡Es Inés!

— Sí puedo, mira, ya le borré la cara a su retrato.

— No… ¿Por qué hiciste eso, Mar?

— Porque ella se fue. Y no quiere volver. Entonces ya no quiero recordarla. Ahora seré hija única.

— Pero Mar, ¿qué tal que Inés sí quiere pero no puede regresar? Tal vez está perdida…

— Lo dudo… Dicen mis papás que se fue con un novio que tenía. Era un chico mayor, muy bien vestido, que olía bien y tenía dinero. Yo nunca lo conocí. Ellos se veían afuera de la escuela.

— ¿Y qué tal que se la llevó de vacaciones? Ahora, antes de entrar a clases es normal… ¿No?

— Claro que no… Inés sólo puede ir de vacaciones con su familia.

— ¿Y si el novio se llevó a tu hermana para trabajar?

— ¿En qué?… No digas tonterías, Inés sólo tiene 13 años y no sabe hacer nada, a veces no puede ni planchar su ropa, ni doblar sus calcetines, ni poner la mesa. Nada.

— Todo esto es muy raro.

— Tal vez se fue porque quería vivir otra vida, lejos de mí, de mi gato Lucio, de la abuela que a veces no escucha, de mis papás que trabajan todo el día.

— ¿La extrañas mucho?

— No, ya no. Por eso vamos a navegar la laguna del olvido. Y finito.

— No podemos. ¡Hay que seguir buscando!

— No, para mí ella ya está muerta.

— ¡Claro que no! ¡Si viva se fue, viva la tenemos que encontrar!

— Al navegar la laguna del olvido ya no la recordaré…

— Claro que sí, siempre la recordarás. ¡Es tu hermana!

— Pero no está. Si no está conmigo no la quiero.

— Mira, por lo menos tenemos una pista nueva… Ahora sabemos que estaba con un hombre muy atractivo. ¿Su novio?

— Su novio o su amigo, no sé. No me importa.

— Deberíamos preguntar por él. No tanto por Inés. ¡Creo que ahí está la clave!

— ¿Qué quieres decir?

— Que quizá hemos investigarizado al revés. No buscar a Inés, sino al hombre con el que estaba.

— ¿Tú crees? Te voy a dar una última oportunidad, detective de caparazón chueco. Úl-ti-ma.

— Bien, bien… ¿Entonces ya no vamos a navegar la laguna del olvido, verdad?

— Por hoy no.

— Oye… ¿Sabes el nombre o algún rasgo de Él?

— Nada.

— Lo llamaremos simplemente Él.

— Él, el misterioso hombre que estaba con Inés. Dicen que muy guapo, que venía de fuera, que fue un amor a primera vista. Creo que hasta le regaló un telégono celular, de los muy nuevos.

— Vamos a descubrizar todos eso… Pero ayúdame a salir de la barca.

— Si, tortuga gordinflona…

— Oye, sin pasarse. Sólo estoy un poco rellenito.

— Ajá.

VI

Góngora come copiosamente una lechuga, se adivina extrañado.
Es posible que los personajes e incidentales vayan desfilando mientras la escena se consume.

— Este caso sería mi graduación como descubrizador experto en desapariciones desaparesentosas de personas personificosas…

Había pocas, pero teníamos algunas pistas. Y yo - ¿Quién más? – tenía que armar el rompecabezas. Unir todas las piezas. Llegar a una conclusión. No es fácil.

Disculpen, pero cuando tengo ansiedad, no puedo parar de comer. La lechuga es mi plato favorito. Está deliciosa…

A ver, tenemos a un hombre misterioso, que hemos llamado Él. Se dice que éste tipo era amigo o novio de Inés, no vivía por aquí, llegó de lejos, con coche y dinero y camisas nuevas y de colores brillantes. No sabemos nada más sobre Él.

Y aquí tenemos a Inés, una niña de 13 años, con una vida normal, común y corriente.

Un día, se les ve afuera de la escuela, después platicando en el parque. Es normal. Eso lo hace cualquiera. Él le regala un celular para comunicarse.

Pero después… Desparecen. No hay huella de ellos. Y eso lo vuelve todo complicadosamente difícil, dificultosamente complicado.

Mar, la hermana menor de Inés y yo vamos a buscarla. Para eso entramos y salimos de varios dibujos que nos llevan a ciudades, montañas y playas. No hay éxito.

Por otro lado, los papás de Mar e Inés, inquietos porque su hija no está en casa, van también a buscarla. Durante varios días, en verano, hacen lo mismo que Mar y yo: Buscar. Buscar. Buscar.

Preguntar. Ir a la policía. La policía es importante, porque ellos pueden ayudar también, pero los papás de Mar e Inés demoraron en avisarles. Ay, eso no estuvo bien.

Prometen investigar. A veces creo que pueden llegar a ser descubrizadores como yo.

Todos buscando, con amigos, averiguar con familiares. Y nada.

Sólo que ellos en la vida real. Nosotros en el mundo de los dibujos de Mar.

Regresan tristes y desconsolados. Toda la familia está afligida. Hasta el gato Lucio, que ha perdido su ronroneo y no hace más que dormir.

La abuela, que fue quien cuidó a Mar mientras sus papás no estaban, dice que no hay que perder la esperanza. Y prepara unos deliciosos tés para pasar el rato y que nadie se de por vencido.

La abuela y Mar han logrado entenderse, afortunadamente. En eso yo he tenido una parte de responsabilidad, no lo niego.

Mar, por su parte, mi amiga Mar, la niña pintora, no sabe por qué raya sus dibujos, los destruye, los esconde. No es feliz; todo lo contrario.

Lo único que le pedí es que no borre mi acuario, ni tampoco me convierta en una cucaracha verde ni se olvide de pintar el mar, ese que algún día deberá conocer en vivo y en directo.

Llevo un rato esperándola. A ver si tiene alguna novedad… Yo no hago más que pensar en Él, el chico que estaba con Inés. ¿Quién era? ¿Dónde está?

— Eyy… Eyy… Góngora…

— Mar…

— Voy a entrar a tu acuario..

— Sí, claro.

— Es importante.

— Tranquila Mar. ¿Qué pasa? ¿Por qué vienes corriendo?

— Tengo algo que preguntarte…

— ¿Alguna noticia nueva?

— Primero mi pregunta.

— Claro. ¿Qué pasa?

— ¿Las niñas tenemos dueño?

— ¿Cómo?

— ¿Las niñas le pertenecemos a alguien? Responde… ¿Nos pueden comprar o vender? ¿En algún momento de mi vida yo seré propiedad de un alguien?

— No que yo sepa… No… ¿Por qué dices esto?

— A ver, si llegara una tortuga enorme o mejor, una iguana o un dinosaurio y te ofrece kilos y kilos de lechuga por mí. ¿Me venderías? ¿Me dejarías ir con él?

— Claro que no… ¡Qué clase de tortuga crees que soy!

— ¿Qué harías?

— Negarme.

— No… Imagina que una iguana verdosa de las que tanto miedo te dan te dice: Oye, esa niña pintora me gusta… ¡Me la llevo!

— ¿Qué haría don Francisco de Góngora Quevedo y Argote descubridor profesional y caballero de honor del mundo de los dibujos de Mar? Obviamente me negaría rotundamente.

— ¿Y si tu vida está de por medio?

— ¿Qué? ¿Qué dices? No entiendo a qué vienen estas preguntas…

— Responde, tortuguita…

— Pareces un poco inestable, Mar. Relájate…

— Relájate tú… ¿Qué harías si la iguana enorme te mira fijamente a los ojos y te dice que le debes entregar a la niña que pinta o te mueres?

— Bueno, yo… Este… No sé… Por suerte no tengo contacto con iguanas verdosas.

— ¿Y si lo tuvieras?

— No sé, supongo que buscaría a la policía…

— ¿Y si la policía es la iguana verdosa? ¿Si los policías sapos o los gendarmes grillos son amigos de la iguana verdosa y gigante?

— No sé, no sé lo que haría…

— Eso me imaginaba. Creí que tú serías diferente…

— Diferente a quién…

— Diferente a Él. Diferente a todos.

— ¿Por qué? ¿Qué tiene Él que ver en todo esto?

— Todo.

— ¿Quieres decirme algo que yo no sepa?

— ¡Estoy harta de esto y de todo! Y voy a borrarte… o rayarte o lo que sea.

— No Mar, estás muy alterada, pero por favor piensa bien las cosas.

— ¿Pensar qué?

— Aunque estés muy enojada… Piensa que somos amigos. Nunca te he dado la espalda, o el caparazón, mejor dicho.

— No estoy para bromas.

— Cuando me pongo nervioso hago chistes malos, disculpa.

— A Inés se la llevó Él. La vendió.

— ¿Cómo que la vendió?

— Así como lo escuchas. No era su novio, sino un contacto para llevarse niñas y venderlas…

— ¿Venderlas a quién?

— No sé… Nadie me quiere decir. Supongo que a una iguana gorda y verde, pero de la vida real.

— ¿Inés está bien?

— No lo sé…

— ¿Cómo supiste lo de Inés?

— Escuché que mi mamá se lo contaba a la abuela… Que se puso muy triste.

— Lo siento, no sé ni qué decirte. ¿Quieres un poco de lechuga? Ya conoces el dicho, las penas con lechuga son menos.

— No, Gon, ahora no… ¿Crees que podamos hacer algo?

— No podemos, debemos hacer algo.

— ¿Seguro?

— Más que nunca. Las niñas, Mar, te lo aseguro, no tienen dueño. Te lo digo no como tortuga, sino como un hermano. Y no dejaré que ninguna iguana te aleje de mí.

— De acuerdo…

Epílogo

Se propone deconstruir, en lo posible, el espacio ficcional que durante la puesta en escena han establecido los intérpretes.
Transitar hacia una desdramatización posible.

— Quizá sea la memoria, esa cosa que se extiende como un chicle en el cerebro.

— Chicle pegado a la ropa, al cabello, a la suela del zapato de la mente. Un chicle que no puedes escupir y se te enreda en la lengua. Un chicle que parece tener vida propia.

— Un chicle que se agarra con fuerza y se niega a llegar a la basura.

— Un chicle enorme que no se quiere, no se puede ir.

— Así es la memoria. Pegajosa.

— Pero sin sabor a menta o yerbabuena.

— Más bien sabe a ausencia.

— La memoria, cuando se adhiere, cuando se pega con miedo. No tiene un buen sabor.

— Lo amargo, lo amargo es la ausencia.

— O quizá la memoria no es más que esa nube enorme de imágenes, recuerdos, huellas, olores y miradas perdidas.

— Esa nube de las preguntas sin respuesta.

— ¿Dónde?

— ¿Con quién?

— ¿Por qué?

— Durante varias semanas yo me hice esa pregunta. ¿Por qué? ¿Por qué no estaba mi hermana Inés conmigo? ¿A dónde había ido?

Mi nombres es_____[1] y también soy Mar en esta obra de teatro.

Aquí quise contar la historia de mi hermana, que hace muchos años se fue, sin pensarlo muy bien con un chico muy atractivo que le prometió una vida extraordinaria, un noviazgo increíble, un viaje impresionante.

[1] Nombre de la intérprete.

— O no sabemos ni qué le contó. Pero Inés, que era un poco ingenua y enamoradiza, le creyó.

— Así es Góngora… Yo era una niña de sólo 10 años cuando esto sucedió. Pero fue inolvidable. Algo que todavía me provoca pesadillas.

— Naturalmente…

— Durante estos años he escuchado tantas historias similares y no puedo, no puedo dejar de pensar que Inés, mi boba hermana mayor, no debió sufrir, ni pasar por esto.

— Si tan sólo Inés hubiera tenido a una tortuga de caparazón chueco como confidente.

— O un poco más de información.

— Si lo hubiera pensado mejor.

— Si tan sólo hubiera pensado un poco, un poco… Un minuto. O hablar con nuestros papás, la abuela… Incluso conmigo.

— Ser menos confiada.

— Ser menos Inés…

— Investigar, como yo, hacer descubriciones sobre quién era Él, de dónde venía, qué pretendía…

— Que a ninguna niña se le ocurra ser como la Inés de esta historia.

— Más les vale que no...

— Oye, tampoco las amenaces.

— No, claro que sí, las estaré vigilando, tanto como te he vigilado a ti durante estos largos años… Para que no cometan ninguna tontería.

— Sí, lo sé, Gon. Gracias…

— No es nada Mar, perdón_____ [2] Espero que haya quedado claro que las tortugas de caparazón chueco somos así de buena onda, ¿verdad?

— Sí, Gon. Son la pura pura buena onda…

> Mi papá era muy pobre y no tenía dinero para mi boda. Una mujer le recomendó que me mandara a la India para casarme con un hombre de allá.

[2] Ídem.

Nos dijo que no teníamos que pagar nada. Cuando llegué a la India, me vendieron a un prostíbulo.
Niña víctima de trata de Bangladesh

Conocí a Josué en Tenancingo, Tlaxcala, yo tenía 17 años. Josué se presentó bajo el nombre de "Raúl" y me sedujo con promesas de amor y matrimonio. Inicialmente Josué utilizó el chantaje para que yo me prostituyera ("lo harás si realmente me amas"). Luego utilizó violencia física y amenazas.
Claudia, joven víctima de México.

Una amiga de Veracruz, México, me habló de trabajos bien pagados en los Estados Unidos. Acepté la oferta del trabajo, un *coyote* me llevó a Texas. Uno de los encargados me dijo que iba a trabajar en un prostíbulo. Le dije que estaba equivocado, yo iba a trabajar en un restaurante. Respondió que le debía dinero del viaje y que me podía ir cuando terminara de pagarle.
María de Lourdes. Mujer víctima de México.

"Se detiene un taxista y me dice: 'Necesito dos empleadas para trabajar en una casa". Estaba con una amiga que va a cumplir 15 años ahora. El hombre nos llevó a hablar con una mujer que nos dijo: "Van a trabajar en una casa de familia, van a estar bien, van a ganar más". La mujer no precisó el sueldo, pero la propuesta de pisar Buenos Aires nos nubló y viajamos. Trabajamos de lunes a lunes, por un sueldo miserable, sin poder salir ni llamar a nuestra casa.
Marcia, joven víctima en Misiones, Argentina.

Lucila y yo salimos de nuestro pueblo en compañía de "Pepe", nosotras pensamos que nos iban a llevar a una casa para hacer limpieza y nos iban a pagar. Nunca antes habíamos salido de nuestro pueblo. Nos llevaron a un cuarto donde había una cama muy grande y más niñas como nosotras, tres de ellas estaban amarrando a otra niña de las manos y los pies y también le pusieron chocolate líquido en su cuerpo desnudo. En el cuarto estaban otros

tres señores con un aparato, nos dijeron que era una videocámara y grababa lo que hacíamos.

Gloria, niña víctima de México.

Yo lloraba y suplicaba arrodillada a mi tratante que me dejara volver a mi casa; pero no me escuchó. Nunca.

Ecaterina, niña víctima en Moldavia[3]

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: **info@enriqueolmos.com**

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO

[3] Testimonios extraídos del *Manual para la prevención de la trata de personas*. D. R. © Comisión Nacional de los Derechos Humanos. México 2009